

EXIGENCIAS DE UNA GUERRA DE SUPERVIVENCIA



Tte. Coronel CAYO E. JIMENEZ MENDOZA

Aunque los indicios señalan para el futuro acciones limitadas más bien que un intercambio nuclear sin restricciones, no es posible desconocer las dificultades que puede acarrear esta última contingencia. La experiencia es muy reducida los conocimientos nulos y las soluciones comprobadas ínfimas, para los problemas que encontraríamos en este tipo de situaciones.

Jamás en la historia de las grandes potencias y menos Colombia, han tenido que hacer frente a cualquier interferencia enemiga grave que afecte nuestro potencial nacional de recursos. Sin embargo, lo poco y muy generalizado que sabemos sobre el impacto y estragos de las armas atómicas y termonucleares, nos basta para preocuparnos y alarmarnos seria-

mente en cuanto a nuestra capacidad de supervivencia se refiere. Sabemos que la bomba de 20 kilotoneladas que cayó sobre Hiroshima destruyó a esa ciudad de 250.000 habitantes y mató a una tercera parte de su población. Mientras esa era mil veces más potente que las más grandes que se lanzaron en la II guerra mundial, los artefactos de megatoneladas actuales, tienen mil veces la potencia de las empleadas para apresurar la capitulación del Japón en Agosto de 1945.

Un ataque sorpresivo y a gran escala con armas termonucleares a EE. UU., produciría una destrucción y un caos aterradores, en gran parte de ese país. Naturalmente, para evitar esa catástrofe los americanos se atienen primordialmente a su gran capacidad de tomar represalias con cohe-

tes y con una potencia aérea de ataques tan veloces y positivos que ningún enemigo ni aún Rusia, se va a exponer a su segura destrucción. Sin embargo, aún queda la posibilidad de una guerra fortuita o accidental e irracional, con ataques enemigos masivos contra las ciudades claves, que dejarían a millones de ciudadanos muertos o lesionados. La mayor parte de su potencial industrial sería destruido o paralizado. La nación se enfrentaría a la desorganización, a la desolación y a la histeria. En el mejor de los casos, se tendría por delante una formidable labor de rehabilitación, enterrar a los muertos, cuidar de los heridos y de los arruinados, mantener la vida humana, y hacer lo máximo posible por proseguir el esfuerzo de guerra y salvar lo que pudiera quedar de la actual civilización.

La experiencia de la última contienda mundial no le ha dado a EE. UU., sino una base limitada para determinar la naturaleza de los preparativos de defensa no militares que pudieran resultar eficaces o que ofrezcan seguridad contra armas de una destructividad, progresivamente aumentada. El empleo de instalaciones subterráneas experimentadas por los alemanes ha mostrado que en condiciones especiales puede obtenerse cierto grado de protección.

La experiencia japonesa hace resaltar y sugiere la posibilidad de que determinadas características estructurales permiten reducir los efectos destructivos del bombardeo. Alemania, Italia, el Japón, Checoslovaquia y Suecia han obtenido algunas experiencias con las instalaciones enterradas. Una instalación subterránea en Erzgebirge, Alemania, con un área de 4.900 metros cuadrados, ha sido empleada por los rusos para la producción de piezas de aviones; Noruega

Suecia y Suiza van a la cabeza del mundo en la construcción de refugios subterráneos para protección contra efectos atómicos.

Los EE. UU., apenas si han agitado la superficie en cuanto a la implantación de programas en este sentido. A pesar de que cada día se reconoce y acepta más la extremada vulnerabilidad de las grandes zonas metropolitanas, la concentración de los habitantes, de los recursos y de los complejos industriales ha proseguido sin disminución. Es muy dudoso que los incentivos establecidos por los EE. UU., para que se trasladen a zonas menos vulnerables, logren o alcancen a producir resultados apreciables en esta época. Es, asimismo, muy incierto el éxito que se busca en la relación con la práctica de la construcción subterránea, con perspectivas de que haya algún aviso previo al ataque, y con la facilidad de evacuación de las ciudades. De hecho, y en las actuales condiciones, no hay pruebas palpables y suficientes de que el público esté dispuesto o pretenda aceptar cualquier clase de medidas serias aconsejables para la protección de la población y de toda la capacidad de producción.

A pesar de este aspecto negativo, no puede negarse la necesidad imperiosa y urgente de un programa de defensa civil bastante seguro, hasta cierto punto, para el caso de que fracase o no sea efectivo el actual estado de mutua disuasión. Para este fin, habrá que tomar decisiones muy prudentes si se han de encauzar convenientemente todos los recursos, las energías, y las esperanzas para el futuro.

Parece que sí hay una medida no militar de defensa, sumamente razonable, que está dentro de lo factible y que es aceptada por el público en general. Si el escudo con que está

protegida la vulnerable capacidad de represalia resulta incapaz de parar o detener un ataque en grande escala, se puede prever que la mayor cantidad de la población civil esté protegida y sobreviva a los peligros de la precipitación radioactiva del bombardeo nuclear. Se salvarían a millones de personas si estuvieran convenientemente abrigadas durante el período de peligro de explosión y de lluvia radioactiva. Los refugios protectores contra la precipitación pueden diseñarse mediante modificaciones de las estructuras existentes, y exigir que en las construcciones nuevas se incluyan éstos y se proyecten las estructuras en forma que llenen este requerimiento protector.

En Mayo de 1961, el desaparecido Presidente Kennedy, en un mensaje al Congreso, dió la señal para un programa altamente acelerado de refugios contra la precipitación. Dijo: "Una vez aceptada la validez de este concepto, no hay otro objeto en demorar la iniciación de un programa nacional, a largo término, de determinación de la capacidad actual de los refugios contra la precipitación, y de suministro de refugios en las estructuras nuevas y en las existentes. Un programa así protegerá a millones de personas contra los riesgos de la precipitación radioactiva en la eventualidad de un ataque nuclear en grande escala. Para asegurar el uso efectivo de esos refugios habrá necesidad de otras medidas de alarma, instrucción, vigilancia radiológica, y acopios de alimentos y drogas. Y el funcionamiento eficiente de todo el programa requiere no solo nuevas autorizaciones del Congreso y más fondos, sino también una adecuada organización".

En esta forma el señor Presidente de EE. UU., indicó en detalle los primeros pasos del programa de refugios, inclusive la asignación de la respon-

sabilidad primaria de su cumplimiento al Departamento de Defensa, como órgano del Gobierno Federal.

Tales razonamientos son valederos también para nosotros y de la misma urgencia.

Para la fecha del mensaje del Presidente Kennedy, los esfuerzos de los organismos estatales americanos de Defensa Civil (y su sucesora, la Oficina de Movilización de la Defensa Civil) ya habían orientado su esfuerzo desde años atrás, hacia la tarea de preparar al Gobierno, al pueblo, y a la economía, para afrontar una "guerra de supervivencia". Para ese entonces se había adelantado mucho, según se deduce del informe siguiente: "Se establecieron sistemas de alarma que podían alertar a 377 puntos en 15 segundos, y a 5.000 puntos locales en un promedio de 7 minutos. Las diversas instalaciones, los puestos de mando operativos, las oficinas regionales, y las oficinas de defensa civil de los Estados, quedaron conectados por comunicación alámbrica y como elemento alterno tenía el respaldo de una red de radio. Se hicieron amplios preparativos para asegurar la continuidad del gobierno a todos los niveles, mediante planes alternos. Existían unas 1.500 estaciones Federales y unas 18.000 de los Estados y Locales para la vigilancia radiológica de defensa. Un centro nacional de evaluación de pérdidas, empleando lo más adelantado en materia de equipo electrónico de cómputo, se había ocupado en el estudio de las pérdidas y averías potenciales, a base de diversas hipótesis de ataque. En la primavera de 1958 se promulgó una política nacional de refugios, y se habían continuado los trabajos de censo de refugios, diseño y construcción de prototipos, y persuasión del público para que acogiera el programa. Se adquirieron y se almacenaron en lugares estratégicamente

cos instrumentos radiológicos, alimentos, y otros elementos y equipo de supervivencia, inclusive, lo necesario para unos 1.400 hospitales de emergencia. Se ayudó a los organismos de defensa civil estatales y locales con fondos de la Nación, con igual cantidad a los apropiados por esos organismos, y con elementos excedentes. Se patrocinó un extenso programa de educación, y se emplearon diversos medios de información pública para dar a conocer a las gentes las medidas esenciales de supervivencia y para ayudar a los gobiernos de los Estados y a los locales a alcanzar ese objetivo".

A lo anterior debemos agregar que se mantuvo al día un plan para aplicación en caso de un ataque devastador contra los Estados Unidos. De otra parte, se hacían regularmente ejercicios o juegos de guerra para comprobar en forma continua la capacidad de hacer frente a una situación así. La multiplicidad de los problemas de supervivencia y la recuperación correspondiente en las condiciones de un ataque así, son tan vastas, tan complejas tan abrumadoras, y exigen tantos sa-

crificios, que no se puede evitar percibir una sensación de confusión, de frustración, de futilidad y de ineficacia de todos los esfuerzos por hacerles frente. Es muy posible que los pueblos requieran algo más que ruegos, posiciones conciliatorias y argumentos para vencer esa renuencia a considerar y sopesar las realidades de la vida y de la muerte en la era nuclear, y especialmente para ajustarse a ellas. Es absolutamente seguro que se necesita más tiempo para que se asimilen las implicaciones de algo tan revolucionario como las armas nucleares, y aún más para determinar cuáles son los ajustes necesarios, e inclusive para hacerlos. Es evidente que el enemigo tiene algunos de los mismos problemas, pero el interrogante que seguirá persiguiéndonos mientras tanto, cada año futuro, cada día venidero, es si aun es tiempo para iniciar nuestro alistamiento, si a pesar de esta visión apocalíptica, nuestro espíritu y nuestra conciencia continúan en este letargo, en ese marasmo. Debemos ser tan fatalistas como para obrar como si todo estuviera perdido, como si nada mereciera salvarse, ¿ni aún nuestra propia vida?

